

TARIFA PLANA

Félix Jaime Cortés

- ¿Diga?.

- Hola, mamá. Soy yo. Natalia

- ¿Natalia?. Hija, qué sorpresa. Hace más de un mes que no tengo noticias tuyas.

- Por eso te llamo. Es que hemos contratado una tarifa de teléfono móvil, que te permite hablar durante treinta minutos con cualquier número del mundo, con un coste mínimo.

- Me has cogido de casualidad, Natalia, hija. Iba a salir con unas amigas. Vamos a acercarnos a la presentación de la última novela de Ginesito Riquelme. Ya sabes, aquel niño tan mono que te cortejaba en el club.

- No recuerdo a ningún Ginesito, mamá.

- Si, mujer. Tienes que acordarte. Aquel que llevaba el bañador ceñido y subido hasta las tetas.

- No, mamá, no me acuerdo. Escucha, mamá. Tengo poco tiempo, y lo que tengo que decirte es importante. Siéntate, por favor.

- Vaya. Natalia, hija, me estás preocupando.

- No te asustes. Todo va bien. Solo pretendo que, durante los próximos treinta minutos...Bueno, veintisiete... Me des una razón para que no me suicide.

- ...

- ¿Mamá?. ¿Estás ahí?.

- Por supuesto que sigo aquí, Natalia, pero, ¿me puedes explicar que clase de barbaridad se te ha ocurrido?.

- Esta mañana me he levantado con esa idea. Anoche tuve fiebre. Cuando desperté, Harry no estaba a mi lado. Tenía una cena de negocios, que al parecer se había prolongado hasta esta mañana. Me encontré sumida en una depresión tan grande, que me he convencido de que mi vida no merece la pena vivirla.

- Pero tú no tienes ningún motivo para deprimirte, Natalia, hija. Vives en Nueva York, tienes un marido que te quiere, una hija preciosa.

- Vivo en Nueva York. Dicho por ti, suena importante. La ciudad más fabulosa del mundo. El centro del imperio, como Roma en su época. Pero Nueva York es muy grande. En realidad vivo en un piso cochambroso, desde el que tardo casi tanto en llegar al centro como de Madrid a Zaragoza, por poner un ejemplo. Pago un alquiler tan sangrante, que más parece un chantaje de la mafia. Cuando nieva, durante buena parte del año, tenemos que pasar una hora quitando con una pala la nieve acumulada en la puerta. Mi hija es preciosa, eso no te lo niego, pero empiezo a pensar que hasta el hecho de cuidarla, de sacarla adelante, me viene grande, que no estoy preparada para criar a nadie. Harry está absorbido al cien por cien por su trabajo. Yo cuido de la casa y de Marta, y Harry se encarga de pagar las facturas y los absurdos caprichos que tenemos de tanto en tanto. A eso se reduce mi vida, mamá. Nada más.

- Un momento, Natalia, hija. Dime una cosa: ¿porqué me llamas a mi?.

- Antes de llamarte he sopesado la posibilidad de que te sorprendiera que te llamara a ti, y no a papá, como hemos hecho siempre que hemos tenido algún problema. No me equivocaba. Una hija tuya te llama desesperada, y lo único que se te ocurre es preguntar porqué te ha llamado. No has cambiado nada, mamá, y no cambiarás nunca. Te he llamado, para que lo sepas, porque he llegado a la conclusión de no he hecho absolutamente nada en mi vida que tu no hayas planeado o previsto con antelación.

- No te entiendo, Natalia.

- Me entiendes perfectamente, mamá. Has mangoneado a tu antojo, sin que apenas se note, a toda tu familia. A tus tres hijas y a tu marido. Y has sabido, y eso es algo francamente digno de admiración, mantenerte siempre en la sombra, en un segundo plano, como si la guerra no fuera contigo. Desde fuera siempre ha dado la impresión de que era papá el que controlaba todo, con su fuerte personalidad, su don de gentes, su rectitud de militar... Todo era perfecto. Un mundo feliz. En apariencia, por supuesto, porque cuando me despertaba por las noches, solo te escuchaba a ti, hablándote, ordenándote, más bien. Y él se limitaba a afirmar, no muy convencido, a asimilar todo lo que tu le proponías, como aquella noche en la que le dijiste, casi con gimoteos, que tres hijas eran demasiadas para una persona como tu, que era lo mejor para Natalia, que muchas otras madres pagarían una fortuna por el privilegio de meter a su hija en un internado como aquel en el que me metisteis al día siguiente.

- Era lo mejor para ti, Natalia. Un colegio prestigioso, extremadamente caro, recto, religioso...

- Tan extremadamente caro, que todas mis compañeras procedían de madres tan vacías y superficiales como tu, mamá. Tan recto y religioso que empecé a fumar a los doce años, a beber a los trece, a drogarme a los catorce y a follar a los quince. En un ambiente selecto, por supuesto. Todo eso lo sabías de sobra, pero cuando las monjas te informaban de mis devaneos te limitabas a mirar para otro lado y a firmar un jugoso talón.

- Hice lo correcto, y te aseguro que lo volvería a hacer.

- Eso sí que me lo creo. Te quitaste de encima lo que para otra madre normal hubiera supuesto una alegría. Para ti, yo no era más que una carga de trabajo suplementaria.

- Era lo mejor para ti.

- Puede que fuera lo mejor, pero en cualquier caso, no para mi, sino para ti. Lo único que aprendí de aquello es que no me podía fiar ni de mi madre.

- Una enseñanza que viene muy bien para afrontar la vida.

- Una enseñanza que te vuelve egoísta, huraño, mezquino y tan hijo de puta como todo el que te rodea, porque no te puedes rodear de otra cosa siendo como somos, mamá. No soy más que la consecuencia lógica del robo de la infancia al que me sometiste. Ese es el peor crimen que se puede cometer contra una persona, mamá. El robo de su infancia. Solo comenzaste a preocuparte un poco de mi cuando ya estaba completamente echada a perder. Como cuando me apuntaste al club. Un club selecto, como todo en tu vida. De espíritu deportivo, prestigioso, con amplias zonas verdes, picadero, embarcadero... Recuerdo que parecías entusiasmada cuando me enseñaste el folleto. Una de las pocas ocasiones en las que no te he visto actuar, mostrar esa falsa alegría que tanto te gusta enseñar a los demás.

- Yo no he mostrado nunca falsa alegría. Mis sentimientos son sinceros.

- Tus sentimientos son inexistentes mamá. Siempre te has movido impulsada por prejuicios, avaricia, soberbia... Nunca por sentimientos como lo que se entiende por esa palabra. Aunque reconozco que has sabido actuar perfectamente, mamá. En ese sentido, es una lástima que el mundo del espectáculo haya perdido a una actriz tan soberbia como tu.

- En el club hicisteis amigos, tanto tus hermanas como tu.

- Si. Sobre todo Clara, la pobre, que se quedó embarazada con quince años del hijo mayor de aquel empresario.

- Eso no es cierto.

- Venga, mamá, no lo niegues. A estas alturas, ya no. Me voy a suicidar, y creo que tengo derecho a sincerarme con mi madre. Clara se quedó embarazada, y tu la mandaste a Londres durante una semana con la tía Julieta. Ni siquiera tuviste el coraje y la decencia de acompañarla tu.

- Se trataba de un viaje de estudios.

- Se trataba de un viaje de mierda, mamá, no me jodas.

- No me puedo creer que tu hermana te haya contado algo así.

- Tranquila. El muro de incomunicación que levantaste entre los hermanos te quedó perfecto. Me lo contó la tía Julieta a los dos años de que sucediera, haciéndome jurar y perjurar, tal era el miedo que te tenía, que no te diría nada.

- La tía Julieta siempre ha sido una débil de espíritu, una retrasada.

- Esa es tu forma de catalogar a los que no consideras a tu altura, mamá. Lo malo es que no reconoces que todo el que ha tenido algo que ver contigo, más tarde o más temprano se ha convertido en un vegetal, en un muñeco roto.

- Me estás demonizando demasiado, Natalia. Por mucho que intentes hacerme aparecer como la mala de la película, no me vas a convencer.

- Resultaría una tarea inútil tratar de convencerte de algo, mamá, pero sí te pido que bajes de tu nube por un momento y eches una mirada a tu alrededor. Tu marido, internado en una residencia de Burgos, medio tetrapléjico a causa de una esclerosis que tardó en aceptar debido a tu reticencia a que visitara a un especialista. Tus hijas Clara y Alicia separadas, con tres hijos cada una. Tus hermanyy y hymanas, que no se hablan entre sí desde hace décadas.

- La única normal debes ser tu, hija.
- Yo me voy a suicidar, mamá. No me digas que no te resulta grotesco. Tan grotesco como mi matrimonio con Harry.
- A Harry le escogiste tu, contra mi voluntad. No me puedes negar eso.
- Es cierto, mamá. Al principio hasta me agradaba la idea de haber intimado con alguien al que tu no podías ni ver. Recuerdo que se te torcía el gesto cuando aparecíamos Harry y yo, cogidos de la mano, en la timba de canasta que montabais papá y tu todos los domingos por la tarde en la cafetería del club. Y que se te torcía cada vez más, porque comprobabas que no podías quitártelo de encima con la misma facilidad con la que te habías deshecho de los tres novios que me había echado al salir del internado, uno detrás de otro, aduciendo razones tan peregrinas como su pobreza de cuna o su forma de vestir. El día de nuestra boda, tu no hacías otra cosa que enumerarme los defectos de Harry al oído, una costumbre tuya que siempre he odiado, como tantas otras. Me hablabas mal de Harry, de su padre, de su madre y de toda su casta. Según decías, pertenecían a una clase social muy inferior a la nuestra, como si el concepto de clase social fuera lo único importante.
- Siempre ha sido así, hija.
- En tu mentalidad enferma y retrógrada, mamá, pero no en la mía. Como te iba diciendo, Harry te caía mal, y eso me encantaba.
- Es cierto. Siempre con esos jerseys de cuello alto de color rojo...Parecía un pájaro loco.
- Me encantaba que te cayera mal. Y supongo que siguió cayéndote mal hasta el momento en el que te acostaste con él.
- ¿Qué estás diciendo?.

- No te escandalices, mamá. Yo ya lo he superado. Ocurrió hace muchos años. Es algo que suele suceder entre amigas, mamá. Una amiga se acuesta con el novio de la otra. Es como un juego, como una competición para ver quien tiene más atractivo para un determinado hombre, pero en tu caso no tenía ningún sentido, por la sencilla razón de que tu nunca has pretendido ser una amiga para mi, sino más bien todo lo contrario. Te has preocupado concienzudamente de poner las barreras necesarias para demostrar tu autoritarismo, tu papel de madre dominante. Te has ocupado más de mis modales que de mis sentimientos, y hasta tal punto has pisoteado estos últimos, que no pestañeaste a la hora de acostarte con mi reciente marido.

- La educación es el principal valor de una persona.

- Ese consuelo me queda. Al menos me queda el consuelo de que a Harry te lo tiraste de una forma muy educada. Una guarrada con clase. Pero no te preocupes, mamá. Reconozco que se trataba de una especie de venganza tuya por haberme casado con el. Yo tuve la culpa. No debería haberte llevado la contraria.

- ¿Cómo te enteraste?. No por Harry, desde luego.

- Por Harry, mamá. Por Harry. ¿Por quien, si no?. Hace cinco años, cuando todavía manteníamos una conversación de vez en cuando. Un ataque de sinceridad, después de una romántica cena de aniversario. Fue su regalo, mamá. Ya conoces a Harry. No puede soportar nunca la tentación de arruinar un momento bonito.

- Solo ocurrió una vez, Natalia.

- Tenías que montar tu escenita de devoradora de hombres, mamá. Forma parte de tu naturaleza. Lo que más me dolió fue que lo hicieras nada más volver de nuestra luna de miel.

- Fue algo impremeditado, Natalia. Sucedió, simplemente.

- No digas tonterías, mamá, por favor. Jamás has hecho nada en tu vida que no estuviera perfectamente calculado previamente. Estoy segura de que lo que hiciste con Harry lo has hecho otras muchas veces.

- Eso es algo que no te importa.

- Papá siempre estaba dispuesto, pero a ti no te bastaba. A él le tenías asegurado. Siempre a tu lado, siempre comiéndote de la mano. Necesitabas sentirte deseada. El morbo de la conquista de los amigos de tus hijas. De sentirte joven. Un juego al que jugabas sin importarte lo más mínimo el daño que pudieras causar a tu alrededor.

- Me estás poniendo de vuelta y media, Natalia. Sinceramente, no me veo a mí misma tan monstruosa.

- Más que monstruosa, mamá, eres una auténtica hija de puta. Tan hija de puta eres, que te llama tu hija para decirte que se va a suicidar, y solo te preocupa intentar justificar las atrocidades que has cometido a lo largo de toda tu asquerosa vida.

- Yo no te he pedido que me llamas.

- Ya lo sé. Lo he hecho yo, por mi cuenta. Es una de las pocas decisiones que he tomado en mi vida en la que no has participado tú. El tiempo corre, mamá, y no has conseguido hacerme cambiar de idea, sino más bien todo lo contrario. Necesito que me des una razón por la que merezca la pena seguir viviendo.

- ¿Te van mal las cosas con Harry?.

- No me hagas reír, por favor, mamá. De sobra lo sabes. No me van, simplemente. Ni bien, ni mal. Llevamos un par de años en la que la única conversación, si es que se le puede llamar así, la mantenemos por la noche, cuando me llama para decirme que se tiene que quedar hasta más tarde en el trabajo, que le han surgido complicaciones de última hora. Al día siguiente, su ropa huele a colonias que ni conozco ni uso. Como si no le importara que yo me entere de algo. Me considera

sosa, aburrida, la zona gris de su vida. En las fiestas que organizan a veces en su empresa le brillan los ojos. Solo se le empañan cuando yo me pongo a su lado. Es lógico. No estoy a la altura de su ambición. Debería ser una mujer dinámica, deportista, vestida para esas ocasiones con joyas y trajes caros, cuando por desgracia soy todo lo contrario. Creo que lo mejor que le podría ocurrir a Harry es que yo me quitara de en medio. Se te está acabando el tiempo, mamá, y no me has dado ninguna razón para seguir viviendo.

- Te voy a dar una buena razón, hija: por favor, ahórrame ese disgusto.

- Esa molestia, querrás decir. Esa no vale. Ya lo he pensado, y es uno de los motivos principales que me empujarían al suicidio. Imaginarte teniendo que dar explicaciones en el club, la molestia del traslado de mi cadáver, hablar con el padre Salva, tu confesor de toda la vida...No, mamá. Te veo observando mi catafalco, con ese rictus que se te dibuja en la cara ante las circunstancias adversas, y deseo fervientemente que llegue ese momento. No llorarías, simplemente porque nunca lo has hecho y ni sabes ni te interesa saber como se hace, pero es indudable que pasarías un mal rato.

- Pues no se me ocurre otra razón, Natalia.

- Ya me lo imaginaba, mamá.

- Lo único que te pido es que, antes de hacerlo, cojas a tu hija en brazos y la mires directamente a los ojos durante unos minutos.

- ...

- ¿Natalia?.

- Estoy aquí. Eres una auténtica cabrona, mamá. Lo has conseguido.

- Dentro de un par de semanas iré a veros. Tengo que llevarle un regalo a mi nieta.

- Vale, mamá, vale. Ahora tengo que dejarte. Marta está llorando. Seguro que tiene hambre.